

EL OLOR DE LA ALMADRABA



josa
a los que viven de la mar

Son las cinco de la tarde en una casa vieja, pequeña, y con humedades en las paredes. Sobre una pretérita cama de colchón de espuma descansa un deteriorado cuerpo femenino por donde un día pasó la vida. Junto a ella, almas sin cuerpo buscan el invierno en una primavera donde ya florecen los primeros dolores otoñales... La maldita muerte se acerca otra vez.

- Juan... Juan... - solloza la moribunda mujer, con una voz casi tan apagada como la propia vida que se le escapa.

En la oscura habitación de paredes verdes y agrietadas, la madre de unos hijos reunidos, hace sus últimos esfuerzos por llevar aire a sus pulmones, pero estos ya han dejado de funcionar.

- Juan... Juan – repite una y otra vez, de forma casi ininteligible, mientras jóvenes, y no tan jóvenes, esperan en la penumbra sin atreverse a penetrar en el haz de luz que les haga presentes.

Nadie mira a nadie. Nadie dice nada, todos miran a esa cama donde todos han dormido alguna vez en su vida, y todos recuerdan momentos tan alegres como lejanos.

Alguna mano se posa en un hombro cercano, y aprieta sus dedos, sin querer, sin ser consciente de estar haciéndolo, y quien lo recibe calla su dolor, y comparte el miedo.

En esas paredes lloran padres, madres, hermanos, hijos, primos, sobrinos... Sólo los nietos, ajenos a todo, como dicta su edad, ríen fuera, en el patio.

- Tranquilos – dice el doctor, recogiendo sus cosas – no está sufriendo
- ¿Que no está sufriendo? – piensa el mayor de todos los hijos – lleva sufriendo treinta y dos años.

Fue precisamente Juanillo, el que se deshizo de la mano sudorosa de su esposa y se acercó hasta su madre.

Todos le miran acercarse, y todos observan el emocionado temblor de sus manos. Tanta emoción hace que escape alguna lágrima contenida hasta entonces por una presa incapaz de soportar tanta marejada de tristeza.

Ante la perpleja mirada de los demás
Juan desabrocha los primeros botones
de su camisa y acerca el pecho desnudo
a la cara de su mamá.

Nadie entiende lo que está haciendo. Ni
siquiera su atónita esposa, y mucho
menos sus dos hijos, que le miran como
el que mira a un loco. Pero él se siente
bien por fin al saber que

acaba de saldar una deuda pendiente desde hace muchos años. Lo sabe
porque sólo él siente cómo su madre aspira por última vez.

Cogiéndole la mano, nota cómo aprieta con las pocas fuerzas que
guardaba. Juan la mira emocionado porque ve sus ojos abiertos por
primera vez en los últimos días. También observa una lágrima surcar por
entre sus frías arrugas.

- Gracias – dice la madre esbozando una mueca a la que se podría llamar
sonrisa. Y sus ojos se cierran para siempre.

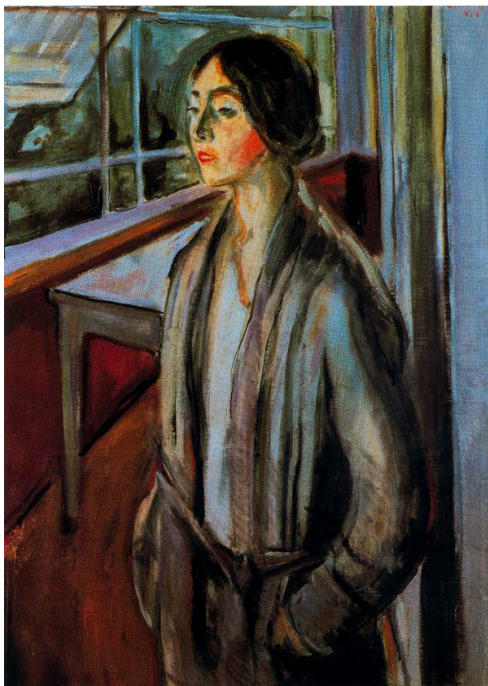
Para mayor zozobra Juan recibe un nuevo latigazo al presenciar con los
ojos del alma cómo su madre, la persona más importante de su vida, ya no
está.

Todos lloran. Hay algún grito, y Juan retrocede en el recuerdo treinta y dos
años atrás, cuando su padre desapareció en “la mar” y ella se quedó sola
con treinta y pocos años, y otros doce repartidos en tres cabecitas rubias y
una morena y con coletas.

Dos de esas cabezas ya están sin pelo. Las coletas, por suerte, persisten.
Mar – su nombre dejó de gustarle desde ese día - estuvo toda la tarde
delante de la ventana, observando el cielo. Pero no lloró. Tampoco durmió
esa noche. Concilió el sueño la segunda noche, madrugó y entonces sí lloró,
y sobre todo, pensó en él. Porque no podía pensar en otra cosa, porque no
sabía. Y eso dolía, dolía mucho.

Así fue día tras día, mes tras mes... año tras año, luchando por ser fuerte.
Por lo menos lo pareció.





Durante el día era una mujer llena de vida, de amplias sonrisas pero sin aspavientos. Jamás le oyeron una carcajada pero tampoco privó a sus hijos de que las dibujaran por todas las paredes de la casa.

Por las noches era un espíritu errante, un fantasma en vida, un pájaro enjaulado.

Y así fue hasta que él cumplió los catorce años, y empezó a trabajar en el barquito del tío Peque desde la mañana hasta casi entrada la noche.

Ella pudo dejar la limpieza de escaleras, cuidar su reuma, y ayudar a sus hermanos con los deberes del cole.

Siempre que regresaba de la mar su madre lo estaba esperando, vestida de negro, con la comida preparada sobre la mesa, y con signos de llanto en sus mejillas.

Y siempre el mismo ritual. Ella misma le quitaba la camisa, le abrazaba el torso desnudo, y le olía varias veces, embriagándose de un olor que la hacía sentir bien.

Juan no lo entendía, pero nunca fue capaz de decir nada.

Sí, le olía – pensó abrazado a la que había dejado de ser su madre – y no se atrevía a preguntarle porqué, aunque no lo entendiera. Sabía que le hacía sentir mejor, y con eso a él le bastaba. Poco a poco fue comprendiendo...

Con el tiempo se fue acostumbrando pues no había día en que dicho ritual no siguiera su curso.

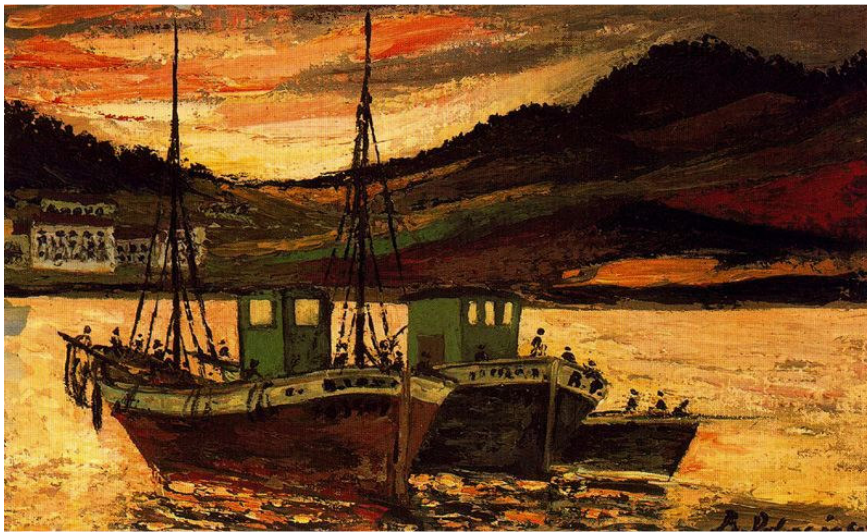
Fue precisamente después de casarse, cinco años después, cuando se atrevió a preguntar a su madre por el significado de dicho ritual. Y si se lo preguntó fue porque lo echaba de menos.

- Siempre que llegabas a casa olías a él. Olías a mar y sudor... olías a tu padre. Le echo tanto de menos...

Abrazado a un cuerpo muerto, pero aún caliente, recuerda todo guantando una catarata de emociones que no terminaban de pronunciarse, pero que hizo llorar a los demás.

- Juan – le dice su esposa, acercándose – ya se ha ido...

Pero él no la suelta porque sabe que jamás volverá a tenerla. Se siente cómodo abrazado a un cuerpo que no huele a nada. Quiere llorar como los demás, pero no puede. Y lo necesita, necesita llorar, desahogarse. Pero le resulta imposible, igual que respirar. Yo nunca he olido a nada – le dice, oliéndose por entre la camisa antes de cerrar los botones y salir de la habitación. Por fin se atreve a llorar. Su esposa le mira alejarse mientras piensa en lo equivocado que está. ¡Aún no ha pasado una noche en que no se eche sobre su pecho, aspire ese aroma de salitre, y se sienta segura. Ese olor... el olor de la maldita almadraba.



josa